



Serie La Historia de La Iglesia Primitiva

- La Primera Iglesia en Jerusalén -

(Hechos 4:32-37)

Agosto 4, 2021

- **Unidad, comunión y poder (Hch 4:32-37)**

Hemos de considerar la sección que ahora estudiamos como la contestación conjunta de la Iglesia a las amenazas de las autoridades del pueblo, ya que se mantiene y se acrecienta el testimonio de los nazarenos en Jerusalén a pesar de que el Sanedrín había decretado oficialmente que tenía que terminarse. Frente a la falsa autoridad del Consejo prevalece la autoridad del Nombre de Cristo y la manifiesta operación del Espíritu Santo dentro de la nueva comunidad.

1. La unidad vital

Lucas vuelve a reseñar la bendición interna de la Iglesia antes de describir los triunfos máximos del testimonio de los apóstoles en Jerusalén, siendo fiel al principio de que Dios obra desde dentro hacia afuera, ya que una iglesia formalista o estéril no habría podido servir de base para el ataque contra los formalismos del falso judaísmo. “La multitud de los que habían creído” (Hch 4:32) es una manera de describir la “iglesia-comunidad” cristiana, de la cual dice Lucas que “era de un corazón y de un alma”. Con naturalidad echa mano a metáforas que corresponden a la vida humana para describir la vibrante unidad del organismo espiritual, ya que el “corazón” de un individuo, según el lenguaje bíblico, es el centro de sus afectos, deseos y decisiones, mientras que el “alma” (“psuche”), es su mismo ser. La Iglesia, por lo tanto, se portaba como si fuera un cuerpo, sano física y psicológicamente, libre de las tensiones que resultan de diversos “complejos”, impulsado por los mismos deseos e inclinaciones, y pronto a las mismas decisiones, ya que los ímpetus procedían del Espíritu, sin que se impusiera resistencia a su poder. La trágica excepción de Ananías y Safira, que se ve en la historia de esta iglesia creciente, no hace sino subrayar el grado en que la totalidad de la comunidad se dejaba llevar por la potencia del Espíritu Santo.

2. La comunidad de bienes (Hch 4:32,34,35)

De nuevo hallamos (Hch 2:44-45) que la pujante vida espiritual de los hermanos vence el egoísmo, haciendo posible la comunidad voluntaria de bienes que se apunta en (Hch 4:32,34,35). “Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”, sino que cada uno estaba dispuesto a desprenderse gozosamente de sus posesiones y propiedades. El dinero se depositaba a los pies de los apóstoles, lo que quiere decir que ellos, siendo los guías espirituales de la comunidad, actuaban también como



administradores de sus bienes. Más tarde se veía la imposibilidad de que el detalle de la obra material pesara sobre los hombros de los apóstoles-testigos de la nueva era (Hch 6:1-6), pero, por lo pronto, era natural que los creyentes llevaran a ellos el dinero que procedía de la venta de sus propiedades para que se cuidaran de la distribución. Por el momento la manifestación en poder del Reino de Dios en la comunidad cristiana de Jerusalén producía importantes efectos sociales, ya que se vencía el endémico problema de la pobreza de algunos y la superabundancia de otros, no hallándose “ningún necesitado entre ellos”.

No hay por qué repetir lo que ya adelantamos anteriormente sobre la vida comunal de la Iglesia en Jerusalén, pero sí reiteramos que dependía enteramente del alto grado de la manifestación de la potencia del Espíritu Santo, y que todo intento de imitarlo en las energías de la carne sería desastroso. El Espíritu dio en abundancia su primer fruto de amor (“agape”), que, durante esta época de plenitud, anuló el egoísmo, que es el principio contrario. El secreto se halla en (Hch 4:33): “Abundante gracia era sobre todos ellos”. En el triste refluir de la marea alta del amor, los feos bajíos de la naturaleza carnal volvieron a aparecer en mayor o menor grado (Hch 6:1).

Es extraordinario que esta misma iglesia se hallará siempre sumida en una pobreza crónica después de la dispersión que se describe en (Hch 8:1,4), lo que dio a Pablo la oportunidad de excitar la generosidad de las iglesias gentiles a su favor (2 Co 8-9). Sin sacar más consecuencias del hecho, vemos por lo menos que Dios mantiene y extiende el testimonio suyo de muchas maneras, y que la felicidad de la vida comunal de la Iglesia en Jerusalén no era más que una de ellas.

3. El testimonio apostólico a la Resurrección (Hch 4:33)

“Con gran poder los apóstoles daban testimonio de la Resurrección del Señor Jesús”. Esta frase, intercalada en la descripción de la vida familiar de la Iglesia, llena de la gracia del Señor, señala la contestación a la petición concreta de (Hch 4:29), al par que pone de relieve una vez más que la Resurrección del Señor era el tema típico de la proclamada apostólica de la época. Seguramente predicaban todas las grandes verdades de la Fe, hasta donde alcanzaba la revelación que habían recibido, pero el hecho de que el Mesías, rechazado y crucificado por el pueblo infiel, había vencido la muerte por su gloriosa Resurrección, daba fe a todo lo demás, infundiéndole vitalidad y poder. En las epístolas hallamos que todas las grandes doctrinas de la Fe cristiana se relacionan de una forma o de otra con el hecho de la Resurrección física, histórica y real del Señor Jesucristo, hasta tal punto que un credo en que no constara este hecho como piedra fundamental dejaría de ser cristiano (1 Co 15:1-28).

En los patios del Templo, en todo lugar de reunión pública, por numerosas casas de la metrópoli del judaísmo, la proclamación de la Resurrección resonaba en vibrantes y poderosos acentos, con toda la autoridad del Dios que levantó a su Hijo de entre los muertos. He aquí la fuente de tanta bendición en las almas de quienes creían (Hch 6:7).

4. El ejemplo de Bernabé, (Hch 4:36-37)



Hemos de hacer caso omiso de la división de esta sección en capítulos, pues tanto la mención de Bernabé, como el trágico incidente del pecado de Ananías, vienen a ilustrar, de forma positiva y negativa, el estado de la Iglesia y el poder de su testimonio, que es el tema general de la narración de Lucas aquí. El nombre de Bernabé quiere decir “hijo de consolación” o de “exhortación”, que, según el giro aramaico, es igual a “aquel que consuela”, o “aquel que exhorta”. Todas las referencias posteriores a este “hombre bueno” justifican el nombre, tanto si se traduce de una forma o de otra, y admitiendo por un momento el concepto de “categorías”, diríamos que Bernabé ocupaba el lugar más próximo a los apóstoles en el sentido especial de la Palabra. Sin ser “apóstol” en el sentido de ser uno de los encargados de completar la revelación escrita de Dios, compartía sus trabajos con verdadero espíritu apostólico. Su biografía se irá perfilando a través del comentario aquí, como nota preliminar, vemos que pertenecía a la tribu israelita de Leví, honrada sobre todas las demás por su privilegio de servir en el Templo; que era de la Dispersión, oriundo de la isla de Chipre, y que, teniendo una propiedad, la vendió para poner el precio en el fondo común administrado por los apóstoles. Otros muchos lo hacían, pero se escoge el caso de Bernabé por el hecho de ser un destacado siervo del Señor, cuya obra de fe y de amor se presenta como contrapartida al engaño y al egoísmo de Ananías y de Safira, sirviendo la referencia al mismo tiempo para introducir al lector a uno de los grandes instrumentos para la extensión del Evangelio desde Jerusalén hasta los extremos de la tierra.

El apogeo del Testimonio en Jerusalén (Hch 5:12-16)

Lucas resume aquí un período de testimonio en Jerusalén que puede considerarse como la marea alta de la popularidad de los apóstoles y de la eficacia de su testimonio frente al pueblo judío, extendiéndose su influencia por lo menos hasta las ciudades cercanas a la capital. Recordemos “los dos poderes” que operaban a la sazón en Jerusalén, el del Sanedrín, y el de la compañía apostólica: aquél respaldado por su autoridad humana, y éste por el Nombre de Cristo y la potencia del Espíritu Santo.

La petición de que Dios extendiese su mano para sanar, haciendo señales y prodigios en el Nombre de Jesús (Hch 4:30), fue contestada abundantemente hasta tal punto que se sacaba a los enfermos a la calle con el fin de que siquiera la sombra de Pedro cayese sobre ellos. Las buenas nuevas de la posibilidad de la curación de las enfermedades se extendían por las poblaciones cercanas, y cuantos acudían eran sanados. Se supone, como siempre, la operación de la fe en el individuo sanado.

Los apóstoles no organizaron “una campaña de curaciones”, sino que pidieron al Señor unas señaladas manifestaciones de su poder que hicieran posible la continuación del testimonio en Jerusalén, a pesar de la furia de los príncipes del pueblo. La porción que sigue (Hch 5:17-42) demuestra muy a las claras que habría sido imposible proseguir con la obra aparte de la profunda impresión hecha en la población por los “prodigios”, que revelaban una potencia que los judíos no podían por menos que comparar con la de Moisés, Elías, Eliseo, etc., quienes, en cierta crisis de la vida de Israel, también recibieron poder para realizar milagros. En otras épocas del servicio de Pedro no leemos de milagros, y sí de muchos sufrimientos que habían de llevarse con paciencia; pero eso no significa que Pedro perdiera más tarde su poder, sino



sencillamente que Dios ordena el testimonio de sus siervos de distintas maneras, según sus soberanos designios, y a los siervos les toca reconocer la voluntad de Dios en los diferentes tiempos y sazones.

Conclusion:

Los apóstoles no sólo se resignaron al injusto castigo, sino que se gozaron por serles concedido el honor de padecer allí donde su Maestro había sido condenado, siendo hechos participantes de sus sufrimientos. En la época de la plenitud del Espíritu las aflicciones se convirtieron en gozoso triunfo.

*Pues a ustedes se les dio no solo el privilegio de confiar en Cristo sino también el privilegio de sufrir por él.
Filipenses 1:29*